

"Así os envió Yo"

"Antes de formarte en el seno materno te elegí"

Desde este convencimiento de que es Dios el que me elige y me da una misión específica: la de ser testigo de su amor entre los más desfavorecidos; me dispuse a marchar del Seminario Interprovincial a la Casa Provincial. Con la seguridad de que es Dios el que me envía y dirige en cada momento de mi vida, confiándome en sus manos al igual que el niño confía en su padre cuando empieza a caminar. Sabiendo que lo que se me encomendara era porque Dios así lo quería.



Así, con estas disposiciones de un corazón abierto, el 23 de octubre, con alegría contenida e incertidumbre, pude vivir mi Envío en Misión. Fue un momento muy especial de agradecimiento a Dios por todo lo que me ha dado y me da cada día, pero a la vez fue para mí un encuentro con el Padre para pedirle la luz suficiente para saber poner en práctica aquello que he interiorizado en mi etapa del Seminario y para que me conceda aquello que necesito para servirle en

la persona de los Pobres desde la misión concreta que me ha encomendado: el C.A.I "San Carlos" de Chipiona. Este primer destino lo acogí con mucha ilusión desde las palabras de Sor Pilar y con sorpresa, como un regalo que Dios me ha hecho, pero a la vez, con un sentimiento de responsabilidad y exigencia personal para poner lo mejor que tengo al servicio de los niños.

Tanto el Envío en Misión, que se produjo en las Laudes, como la Eucaristía de acción de gracias que celebramos después estuvieron ambientadas desde el Evangelio de San Juan: "Así os envió yo". Y acorde con ello, estaba preparada la capilla de la Casa Provincial; poniéndome en el camino de la vida comunitaria para servir a los más pequeños de la mano de María y teniendo presente el ejemplo de Jesús. Todo enmarcado por las lecturas del día, las cuales fueron muy apropiadas para el momento, pues

Dios me recordaba: "Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo"; a Él es al que tengo que amar con todo mi ser antes que nada para que mi entrega sea



generosa y para que después me brote del corazón un sentimiento sincero de amor, compresión y empatía a estos niños y a la comunidad.

Al Envío asistieron las hermanas que pertenecen a las comunidades de la Casa Provincial, con ellas me sentí muy acogida y acompañada, y también asistieron otras hermanas muy importantes para mí. Las hermanas que de alguna u otra forma han ido acompañándome en este camino hasta llegar hasta aquí y las Hermanas Sirvientes con las que he compartido mis primeros pasos en la Comunidad. Fue un momento de gratitud para mí y también fue otro momento de sorpresa pues me agradó mucho que pudieran compartir conmigo su alegría desde su cercanía y presencia, no sólo las de ellas, sino que a través de ellas se hacían presentes también todas las hermanas que han formado esas comunidades.



Por la tarde, sin más vacilaciones ante la llamada de los Pobres, salí para mi nuevo destino con la maleta cargada de ilusión, alegría, esperanza, amor, agradecimientos y peticiones de las hermanas... con el deseo de entregarme más a Dios desde el servicio, de ser fiel al don de la vocación y manteniendo presentes en mi mente y en mi corazón, pues resonaron muy dentro de mí en el Acto de Envío, las palabras que San Vicente le escribió a Carlos Nacquart, el 22 de marzo de 1648, antes de ser enviado a Madagascar:

“Hace mucho tiempo que Nuestro Señor puso en su corazón el sentimiento de hacerle un señalado servicio. Ya es hora de que esa semilla de la divina vocación produzca su efecto en usted. La Compañía ha puesto sus ojos en usted, como la mejor hostia que tiene para rendir homenaje a nuestro soberano Creador.

¿Qué dice su corazón ante esta noticia? ¿Siente la confusión conveniente para recibir tan alta gracia del cielo? ¡Vocación tan grande y tan adorable como la de los mayores apóstoles y santos de la Iglesia de Dios! ¡Los designios eternos realizados en el tiempo sobre usted! Sólo la humildad es capaz de soportar esta gracia; el perfecto abandono de todo lo que usted es y puede ser, con la exuberante confianza en su soberano Creador. Necesita una fe tan grande como la de Abrahán, la caridad de san Pablo, el celo, la paciencia, la pobreza, la solícitud, la discreción y un gran deseo de consumirse totalmente por Dios.”